

WARHAMMER
AGE OF SIGMAR



GHOUSSLAYER

UNA NOVELA DE GOTREK GURNISSON

DARIUS HINKS

timunmas



GHOULSLAYER

**UNA NOVELA DE
GOTREK GURNISSON**

DARIUS HINKS

timun**mas**

Título original: *Ghoulslayer*
Traducción: Simon Saito Navarro, 2020

Ghoulslayer, GW, Games Workshop, Black Library, Warhammer, Warhammer Age of Sigmar, Stormcast Eternals y todas las marcas asociadas, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes y la imagen distintiva están registrados en los distintos países como ® o TM y/o © Games Workshop Limited y usados bajo licencia. Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada originalmente en Gran Bretaña en 2019 por Black Library
Games Workshop Limited.,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK
www.blacklibrary.com

© Games Workshop Limited, 2020.

© De la traducción Games Workshop Limited. 2020. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0808-9
Preimpresión: Ediciones del Simio
Depósito legal: B. 2.345-2020

Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

CAPÍTULO UNO

EL TAMBOR APAGADO

Gotrek desgarraba la noche con sus ronquidos bestiales. Era bruto incluso dormido, y martilleaba la cabeza de Maleneth con cada resuello. El ruido reverberaba en el pecho del matador y agitaba la cadenita que le colgaba desde una oreja a la nariz. El brasero de su hacha rúnica todavía ardía, pero ya se había apagado la luz de sus mugrientos músculos. El matador se movió como si fuera a hablar, soltó un eructo repugnante y volvió a quedarse inmóvil. Había estado bebiendo durante horas, tragando cerveza como si fuera agua, hasta que se derrumbó al lado de un retrete rodeado de los cadáveres de los que habían tenido la pésima idea de intentar robarle. En este rincón de Shyish nunca amanecía, pero ni siquiera la perpetua penumbra mantenía oculta la runa enterrada en el pecho de Gotrek; una gran losa de poder bruñido. Era el vínculo que lo unía a ella. El rostro de un dios la miraba con ferocidad desde las costillas del matador y le exigía que mantuviera la serenidad.

Maleneth se deslizó con elegancia entre los muertos, como si se moviera por un salón de baile, apartando moscas y vísceras con una daga empuñada en cada mano. El Stormcast Eternal se había marchado con la intención de hacer una batida por todo Klemp en busca de información sobre los suyos, así que ella se había quedado sola con el matador.

El amuleto de plata con forma de corazón que le colgaba del cuello destelló y dejó a la vista el vial de sangre que había en su interior. «Es tu oportunidad».

Maleneth no hizo caso a la voz que le hablaba dentro de su cabeza mientras se acercaba al matador. Se estremeció al percibir el tufo que desprendía Gotrek. El matador era una criatura grotesca; un montón de músculos dispuestos sin gracia alguna, con la piel llena de cicatrices y de enrevesados tatuajes y un pelo ralo e hirsuto. Incluso para tratarse de un miembro de la soez raza de los duardín era un ser primitivo; era como un cerdo que hubiera aprendido a caminar erguido y a blandir un hacha. Era más bajo que los bandidos con los que se había hecho la cama, pero doblaba su anchura y era robusto como un granero. El empalagoso hedor a cerveza que envolvía los cadáveres, mezclado con la pestilencia de los eructos del matador, irritaba los ojos de Maleneth. Según se aproximaba a él, se fijó en la porquería que brillaba en su barba apelmazada; no pudo despegar los ojos de la runa, que la miraba fijamente.

Con los cuchillos a escasos centímetros del cuerpo de Gotrek, dudó a pesar de la aversión que le producía el matador.

El amuleto volvió a destellar en torno a su cuello. «Cobarde».

No precisó más provocación. Su difunta maestra tenía razón. Pronto de Klemp solo quedarían las ruinas, como pasaba con el resto de las poblaciones que habían dejado atrás. Toda la región se había rebelado y quién sabía dónde acabaría el matador cuando estallara la lucha. Cuando sufría uno de sus ataques de ira no había manera de predecir lo que era capaz de hacer; era un milagro que Maleneth continuara a su lado. Probablemente no tendría otra oportunidad. La piel del matador parecía de hierro, así que tendría que emplear todas sus fuerzas para atravesarla e introducir el veneno en su riego sanguíneo. Apretó la mano alrededor de la empuñadura y cogió impulso para asestar el golpe.

—Maleneth. —La voz, con un potente tono amenazante, resonó en el callejón.

Maleneth bajó los puñales y se dio la vuelta.

Trachos enfiló por la oscuridad cojeando. Su armadura brillaba y saltaban chispas de la greba destrozada. A pesar de que llevaba puesto el yelmo con las facciones inexpresivas, Maleneth supo por su manera lenta y precavida de caminar que conocía sus intenciones. Su cabeza se sacudía con convulsiones y una luz chisporroteante salía de la boca de su yelmo.

Se sujetó la máscara metálica, pero el dolor era más profundo. La armadura forjada por un dios no era capaz de proteger su espíritu.

Trachos se detuvo cerca de los cadáveres y miró fijamente a Maleneth. Unas luces destellaban debajo de su máscara.

No dijo nada, pero la manera como levantó los martillos de guerra fue bastante elocuente. «Esa runa es mía».

Permanecieron inmóviles unos segundos, mirándose a los ojos, con el cuerpo de Gotrek, que seguía roncando, en medio.

Trachos se acercó un poco más y sonó el chirrido de sus botas metálicas al chocar con las armas rotas y las armaduras destrozadas. El cielo había palidecido y su silueta aparecía recortada en él. Maleneth se fijó en la determinación con la que empuñaba sus martillos de guerra. Herido o no, seguía siendo un Stormcast Eternal; un vástago del dios del trueno. Era varios palmos más alto que un hombre normal y, a pesar de su mal estado, la armadura que llevaba puesta le confería un aspecto temible.

Maleneth pasó a través del montón de cadáveres y se aprestó. Siempre había sabido que este momento llegaría. Solo uno de los dos podía quedarse con la runa. En la greba izquierda de Trachos había una raja que le recorría la pierna desde la rodilla hasta la bota. Acababa de hacerse la herida cuando se encontraron, hacía ya algunos meses. Trachos había salido renqueando de las colinas como un profeta loco; necesitaba a toda costa medicamentos, o una reparación, o lo que fuera que recibían los Stormcast Eternals cuando regresaban al Reino Celestial. Cada paso que daba le suponía un esfuerzo enorme, y su armadura de azyrita echaba chispas cuando se movía. Maleneth sonrió. En condiciones normales, un guerrero como Trachos sería un duro rival incluso para alguien con sus habilidades, pero el estado en el que se encontraba el Stormcast Eternal lo convertía en una presa fácil. Esta noche habría sangre para Khaine.

Maleneth partió uno de los frasquitos que le colgaban del cinturón con la hoja de una daga. El vidrio se rompió silenciosamente, pero Maleneth olió el veneno que recorría el acero.

Trachos se acuclilló con los martillos levantados.

Los dos guerreros se pusieron en tensión, preparados para atacar.

—¡Por el culo peludo de Grungni! —exclamó Gotrek mientras se levantaba y cogía el hacha—. ¿Es que no habéis tenido suficiente?

Gotrek se tambaleó, evidentemente aturdido y todavía borracho, y escurtó ceñudo la oscuridad con su único ojo sano, intentando distinguir a su oponente. Al no ver ningún enemigo, se volvió hacia Maleneth.

—¡Aelfa, señálame dónde están esos idiotas!

Maleneth bajó las armas. Trachos hizo lo mismo. La oportunidad había pasado. Negó con la cabeza.

—Están todos muertos —dijo—. Reculó mirando amenazadoramente a Trachos.

El rostro de Gotrek tenía una pétrea expresión ceñuda y su piel era del mismo color ceniciento de los cadáveres. Dio un puntapié a uno de los bandidos muertos.

—Menudos flojuchos. Casi no podían ni levantar la espada. Ni siquiera partir cráneos es divertido en vuestro apestoso reino.

Trachos volvió a guardar los martillos en el cinturón con las manos temblorosas.

—No es mi reino.

—Ni el mío —añadió Maleneth paseando la mirada por el peculiar infierno al que les había llevado Gotrek. El cielo era del color del peltre viejo, pálido, lúgubre y tachonado de estrellas. Estas no brillaban, sino que irradiaban una oscuridad insondable; eran como puntos de oscuridad total rodeados por una corona morada, heridas en el cielo, dedos de tinieblas. Y la ciudad era igual de tétrica, llena de cabañas destartaladas construidas con anodinas tablas de madera reutilizadas. A lo lejos se oían gritos de terror y el estrépito de los vehículos que estaban cargándose precipitadamente. Las columnas de humo que estriaban el cielo anunciaban la llegada inminente de otro ejército. Parecían las marcas de un arañazo en la piel de un muerto.

Gotrek masculló una maldición en la lengua de los duardin y se abrió paso por los cadáveres.

—¿Dónde está la cerveza?

—Te la has bebido —respondió Trachos.

El matador frunció el ceño y se rascó la cabeza afeitada, lo que hizo que se agitara su enorme y grasienta cresta. Luego clavó la mirada en el suelo y dejó caer sus monstruosos hombros. En una mano empuñaba un hacha descomunal. Farfulló para sí mientras sacudía la cabeza.

Maleneth se preguntó en qué estaría pensando. ¿Se acordaría de su hogar? ¿Del mundo que, según él, era superior a los Reinos Mortales? Sospechaba que buena parte de sus pensamientos estaban relacionados con su pasado. ¿Qué otra cosa le quedaba? Su existencia desprendía un olor a tragedia; era como un fósil resucitado por la cruel nigromancia y abandonado en un mundo donde nadie lo conocía.

—Es verdad —dijo al fin Gotrek, levantando de pronto la vista y sonriendo—. Tenemos que conseguir más.

Maleneth hizo un gesto de incredulidad con la cabeza. Ella y Trachos miraban con ferocidad al matador. Cualquiera otra criatura habría sentido su odio como un golpe en la cabeza, pero Gotrek no pareció darse cuenta del sentimiento de sus compañeros y les hizo una seña para que lo siguieran por el callejón mientras él echaba a caminar canturreando alegremente en dirección a la calle principal.

Se toparon con una escena caótica. Había jaulas de mimbre, centenares de ellas, entrechocando con los dinteles y las jambas de las puertas; eran del tamaño de la cabeza de un hombre y estaban llenas a reventar de dientes, pellejos y huesos. Junto a las ofrendas a Nagash había unas estrellas de madera de ocho puntas hechas precipitadamente y pintadas con colores chillones. Los braseros vomitaban nubes de humo azul que envolvían los iconos de madera en los que se habían pintado rostros de demonios y de santos. Todo esto se daba golpes alegremente contra unos ídolos amarillos con forma de martillo en los que se habían hecho unas inscripciones que semejabán runas azyritas. Allí donde se mirara se veían intentos desesperados por apaciguar a los dioses. Y en medio de este carnaval de colores y formas, la gente corría en todas direcciones, arrojaba sus enseres por la ventana y trepaba frenéticamente a los carros. Un viento frío que parecía cargado de poder barría las calles. Hombres y mujeres se chillaban y discutían mientras sus hijos peleaban en el polvo, como si fuera una premonición de la violencia que estaba a punto de visitar la localidad. Videntes de todos los rincones de la región habían vivido atormentados por angustiosas profecías durante semanas. A algunos les habían brotado bocas en las axilas que vomitaban torrentes de bilis; otros habían tenido unas visiones espantosas que los habían empujado al borde de la locura; y otros habían visto sustituida su voz por una lengua gutural que entendían menos que el silencio. Con independencia de la naturaleza de la profecía de cada uno, todos ellos coincidían en una cosa: la muerte venía a la región. La mayoría de las personas había decidido huir, pero Gotrek, aún furioso por no haber dado con Nagash, había decidido quedarse, ilusionado con la idea de que la inminente batalla por lo menos le proporcionaría una distracción.

Cuando salió con paso tambaleante a la calle azotada por el viento estuvo a punto de chocar con una gigantesca bestia que avanzaba a través de la multitud. Se trataba de un mamut, protegido con una armadura

y recubierto de pieles y de sacos, que iba abriendo surcos en el suelo de tierra con los colmillos. Docenas de nómadas vestidos con pieles se apiñaban en la silla de montar, y aun más se remolinaban en torno a él y lo guiaban con palos e insultos, azuzando a una criatura que se movía lenta y pesadamente.

Gotrek se detuvo y lanzó una mirada fulminante a los nómadas. Maleneth, aunque odiaba admitir que comenzaba a comprender al matador, enseguida adivinó qué era lo que lo había molestado tanto. Gotrek era un ser brutal y despiadado la mayor parte del tiempo, pero había un par de cosas que parecían herir su primitiva sensibilidad, y la visión de la criatura salvaje obligada a la servidumbre era una de ellas. Maleneth pensó por un momento que el matador iba a encararse con los nómadas, pero entonces Gotrek negó con la cabeza y continuó su camino, abriéndose paso entre los mercaderes en dirección al edificio de mayor tamaño de la calle mientras farfullaba para sí.

Maleneth se las vio y deseó para seguir al matador, que abrió la puerta de una patada y entró en el penumbroso interior del Tambor apagado. A pesar de las escenas de pánico que se vivían en el exterior, la única taberna de Klemp estaba atestada de lánguidos y aturdidos parroquianos, personas que ya no se molestaban en intentar salvar el pellejo porque hacía mucho tiempo que lo habían dado todo por perdido y que calificaban las profecías de tonterías alarmistas. Entre ellos había nómadas vestidos con las mismas pieles mugrientas que los viajeros de la calle, pero también había individuos de los credos y de las razas más variopintas... Incluso humanos de todos los rincones de los Principados Amatistas y de más allá. Maleneth se fijó en unos enormes salvajes del este, con tantos tatuajes en el cuerpo como Gotrek y con su misma hosca expresión. También había peregrinos de aspecto desaliñado, vestidos con prendas de arpillera y con los ojos pintados con carbón, aunque la cerveza sobre la que reposaban la cabeza había echado a perder el maquillaje. En un rincón había un grupo de duardin, viajeros errantes encorvados sobre sus bebidas, que miraron a Gotrek por debajo del borde de sus abollados cascos con penacho.

El matador hizo un ostentoso desaire a los duardin y enfiló con paso resuelto hasta la barra de la taberna, donde una mujer alta y con una expresión feroz en la cara zarandeaba a un cliente, hasta que un puñado de monedas cayeron de la mano del hombre y repicaron en la barra.

—La próxima vez lo que te sacaré serán las tripas —espetó la tabernera al cliente.

El hombre cayó desplomado al suelo y en su huida pasó gateando junto a las piernas de Gotrek, que se dirigió a la mujer.

—Quiero más —aseveró el matador mirando fijamente a la tabernera.

La mujer hizo un gesto de incredulidad con la cabeza, se inclinó sobre la barra y miró a Gotrek de arriba abajo. Se detuvo en la impresionante barriga del matador—. ¿Te la has bebido toda?

Gotrek se dio un puñetazo en el estómago y eructó.

—No era gran cosa.

La mujer miró a Maleneth cuando esta llegó a la barra.

—¿Se la ha bebido toda?

Maleneth asintió de mala gana con la cabeza. Le molestaba que la mujer pareciera impresionada.

Gotrek estudió las botellas que había a la espalda de la tabernera.

—¿Tienes algo más fuerte?

—¿Vas con ellos? —le preguntó la mujer señalando con la cabeza al grupo de duardin.

Gotrek hizo caso omiso de la pregunta y continuó mirando las botellas. La única respuesta que obtuvo la mujer fue una ligera tensión en la mandíbula del matador.

La tabernera se encogió de hombros, agarró una botella del estante y la puso delante de él. Tenía forma de lágrima alargada y parecía bastante antigua, pues el oscuro vidrio verde estaba cubierto de polvo y ceniza. En el líquido que contenía había suspendidos unos pequeños fragmentos de algo inidentificable.

Gotrek agarró la botella y la sostuvo en alto para observar el contenido a la luz del fuego que crepitaba en la taberna. Escrutó con el ojo entornado el remolinado sedimento.

La mujer cogió al matador por uno de sus descomunales brazos.

—No es barato.

Gotrek le tiró unas monedas y continuó observando el brebaje. Hundió el corcho en la botella con un gordo y mugriento dedo pulgar y un hedor mareante colmó el lugar.

Maleneth tosió y se tapó la cara con una mano.

Gotrek olfateó el interior de la botella e hizo una mueca.

—No es Bugman.

—Pues no te lo bebas —sugirió Maleneth al recordar lo que había sucedido la última vez que el matador se emborrachó. Si Gotrek se metía

en una pelea justo cuando se divisaba un ejército en el horizonte, jamás saldrían de Klemp.

El matador le dirigió una mirada amenazante.

—Piensa en Nagash —añadió Maleneth, diciendo lo primero que le vino a la cabeza.

El gesto ceñudo de Gotrek se volvió más temible aún, pero no se acercó la botella a los labios.

—Nos has arrastrado hasta aquí en tu búsqueda. —Maleneth se volvió a mirar a Trachos, que observaba la escena a un par de metros de ellos, pero, como siempre, parecía un tanto distraído, sumido en su propio infierno. Al darse cuenta de que no recibiría la ayuda del Stormcast Eternal, Maleneth miró de nuevo a Gotrek—. ¿Vas a emborracharte hasta perder el conocimiento ahora que sus ejércitos están a punto de llegar? Perderás la oportunidad que has estado esperando para enfrentarte con él, o para lo que sea que tengas pensado hacer.

Gotrek le lanzó una mirada asesina.

—Nagash no vendrá. Los dioses no tienen las pelotas que se necesitan para liderar un ejército. Estará escondido en algún lugar, como hacen todos. —Dio un trago largo a la botella sin despegar los ojos de Maleneth. Luego hizo una pausa para respirar, lanzó otro puñado de monedas a la barra y se sentó con la botella en la mano en uno de los bancos que había en la taberna. La madera crujió bajo sus posaderas.

En el mismo banco había un humano anciano que observó con interés cómo Gotrek tomaba tragos de la pestilente bebida. El hombre era alto y delgado, estaba sentado recto como una vara y exhibía un porte orgulloso. Tomaba pequeños sorbos de su bebida y sus delicados movimientos eran los característicos de un asceta. A diferencia del resto de la clientela del Tambor apagado, vestía de un modo imaculado; su túnica, su capa y sus pantalones estaban bordados con hilo dorado, y su cabello, peinado hacia atrás y con unas entradas incipientes, estaba adornado con tantas cuentas y piedras semipreciosas que parecía un gorro.

Cuando Gotrek dejó la botella medio vacía en la mesa, el hombre se inclinó hacia él y le susurró:

—¿Tienes asuntos pendientes con el nigromante?

Era evidente que al matador todavía no le había afectado el alcohol. Lanzó una mano con una velocidad sorprendente hacia el cuello escuálido del hombre.

—¿Quién quiere saberlo?

Del pecho del hombre salió un extraño sonido que podría haberse tomado por una carcajada.

Gotrek maldijo para sí. En lugar de agarrar piel y huesos, su mano había atravesado el cuello de su interlocutor y sujetaba un puñado de ceniza. El polvo se deslizó entre sus dedos cuando replegó el brazo. El matador miró con ferocidad al hombre, que durante una fracción de segundo no tuvo cuello; en su lugar, desde su mandíbula hasta sus hombros, caía en cascada un fino polvo. Luego ese polvo se solidificó y reapareció el cuello del desconocido. El hombre se acarició el cabello grasiento y miró a Gotrek con unos ojos brillantes y aparentemente desorientado, como si estuviera escudriñando el humo.

Gotrek se puso rojo de la ira y apretó la mano alrededor de su gran hacha.

—¿Qué eres? ¿Un espíritu? En mis tiempos quemábamos a los muertos que tenían dificultades para descansar.

—Yo estoy bastante descansado, gracias —respondió el hombre con una leve sonrisa en los labios.

Maleneth y Trachos se acercaron a la mesa.

—¿Qué eres? —preguntó ella.

El hombre hizo oídos sordos a su pregunta y observó con interés la runa que Gotrek llevaba en el pecho y las púas que recorrían el ceñido traje de cuero de Maleneth. Luego miró la maltrecha armadura de dorada sigmarita de Trachos.

—No parecéis siervos del Gran Nigromante.

—Tú, en cambio, sí —espetó Gotrek. Dio otro trago a la botella verde—. ¿Por qué no...? —Se quedó pensativo un momento, mirando la botella con una expresión de sorpresa. Su cabeza dio un par de bandazos—. Esto no está nada mal, la verdad.

Lanzó una mirada a la tabernera y le hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

Para asombro de Maleneth, la mujer se ruborizó.

—Yo soy como tú, matador ígneo, no me postro ante ningún dios —afirmó el hombre mirando a Gotrek con una expresión inescrutable.

—No soy un matador ígneo, y no te pareces en nada a mí. —Gotrek se levantó e hizo el ademán de marcharse, pero se tambaleó y tuvo que sujetarse a la mesa para no caerse—. Sí que es bueno este brebaje. —Volvió a sentarse y el banco crujió de nuevo.

—¿Por qué buscas a Nagash si no eres su siervo? —preguntó el desconocido.

—¿Qué eres? —volvió a preguntar Maleneth apretando las manos alrededor de las empuñaduras de sus dagas—. ¿Eres humano?

—Soy Kurin —respondió al fin el hombre, tendiéndole una mano.

Maleneth se la quedó mirando con suspicacia.

Gotrek había cerrado el ojo y se había apoyado contra la pared. Cuando volvió a abrirlo tuvo que parpadear varias veces hasta que vio con nitidez.

—Estás borracho —le reprendió entre dientes Maleneth.

El matador sonrió.

—Y tú eres fea. Pero mañana yo seré feo y tú seguirás... —Dejó en suspenso la frase y sacudió la cabeza—. No, espera... Lo que quiero decir es que mañana yo seré feo y tú seguirás borracha. —Sacudió de nuevo la cabeza mientras mascullaba algo e intentaba recordar el chiste que llevaba contando todos los días de la última semana.

—Pertenezco a una orden de magísteres llamada el silencio —dijo el hombre sin prestar atención a los murmullos de Gotrek—. Hay quien nos llama confesores.

—Nunca he oído hablar de vosotros —replicó Gotrek mirando con recelo al hombre. Había mucha gente deseosa de echarle el guante a la runa que Gotrek llevaba en el pecho. Quizá no fuera casualidad que Kurin estuviera en el Tambor apagado precisamente en ese momento.

—Casi nadie lo ha hecho —repuso Kurin—. Apenas se demandan ya nuestras habilidades.

—¿Qué habilidades?

Kurin volvió a tender la mano de una manera tan arrogante que Maleneth se preguntó si esperaba que se la besara. Luego la giró para mostrar la palma.

Maleneth, Gotrek y Trachos se inclinaron hacia ella y observaron con sorpresa cómo las líneas de la mano se elevaban por el aire como si fueran tenues volutas de humo.

—Tocadlas —dijo Kurin.

Maleneth negó con la cabeza y sus dos compañeros volvieron a ponerse derechos.

Kurin se encogió de hombros.

—Somos una orden muy antigua. Hubo un tiempo en el que reinamos en estos reinos, pero eso fue mucho antes de que aparecieran

estos groseros bárbaros que ahora pretenden conquistarlos. Estamos en comunión con el polvo. Carecemos de los defectos de la raza humana; ignoramos qué son la duda, el arrepentimiento, el dolor y la vergüenza. La tierra es nuestra carne y el suelo nuestro lecho. Así la vida es más sencilla. No nos afectan las preocupaciones mortales, eso nos da tiempo para concentrarnos en asuntos más elevados.

Gotrek consiguió centrarse en la conversación.

—¿No te importa nada? —Cogió un trozo de carne que se le había quedado enganchado en la barba y se lo metió en la boca—. Eso no suena precisamente «elevado». Hasta yo me doy cuenta.

Kurin sonrió, todavía con la mano tendida; en su piel seguía activa lo que parecía una tormenta en miniatura.

—Percibo que te importan más cosas de las que te gusta admitir, pero puedo absolverte de tus crímenes. Somos capaces de ver lo que hay en las almas, matador... Vemos cuál es su valor y lo que las atormenta. Cógeme la mano, cuéntame qué es lo que te hace beber con tanta avidez y te arrancaré ese recuerdo.

Gotrek hizo un ruido desdenoso con la boca, pero se quedó mirando la mano del hombre.

—¿Me lo arrancarás?

Gotrek apenas le había contado nada a Maleneth sobre su vida anterior, pero ella sabía que deseaba expiar un acto del pasado. Buscaba una muerte gloriosa en batalla como si fuera una especie de penitencia. Se le aceleró el pulso. Si Gotrek olvidaba el hecho que quería expiar, seguramente dejaría de buscar con desesperación su destrucción y ella podría llevarlo sin más contratiempos de vuelta a Azyr, como una ofrenda, con la Runa de Martillonegro intacta.

—O, si prefieres no perder tu doloroso pasado, puedo ofrecerte la posibilidad de reconciliarte con él —añadió sin perder la sonrisa Kurin—. Puedo provocar a tus fantasmas, matador, arrastrar tus sombras hasta la luz. ¿Te gustaría ajustar cuentas con alguien? ¿Tal vez disculparte? Mi poder es grande.

—Solo es un charlatán —espetó Maleneth—. Apuesto a que también adivinas el futuro. ¿Cuál es tu precio?

—No quiero dinero, solo sinceridad. Nagash persigue a mi orden desde hace muchas generaciones. —Kurin hizo un movimiento despectivo con la mano en dirección a la calle—. Y me he quedado rodeado de gente tan estúpida como para adorar a todos los dioses cuando no debería

rendir culto a ninguno. —Miró de uno en uno a sus interlocutores con media sonrisa en los labios—. Y ahora os he oído decir que lo buscáis. Mientras todos los desgraciados que hay en Klemp lloriquean por culpa de Nagash, vosotros queréis llegar a él. Hacía mucho tiempo que no oía hablar de otra cosa que no fuera miedo. —Miró la runa que Gotrek llevaba en el pecho—. Percibo algo diferente en ti.

Maleneth asintió con la cabeza.

—A ver si lo he entendido, si te decimos por qué buscamos al nigromante, ¿librarás a Gotrek de su sentimiento de culpa?

—Si así lo desea él.

El matador mantenía la mirada fija en la mano de Kurin, pero Maleneth se dio cuenta de que su cabeza había vuelto a viajar al pasado. Su permanente expresión feroz se había suavizado y, despojado de su fiereza habitual, su rostro, más que brutal, parecía brutalmente apaleado, pues era una pasmosa acumulación de cicatrices y de huesos hundidos.

—¿Lo deseas? —preguntó provocativamente Kurin, con un extraño brillo en los ojos.

Gotrek miraba con tanta intensidad la mano que Maleneth se preguntó si el alcohol finalmente lo habría dejado catatónico. Pero entonces el matador se echó a reír y se incorporó relajadamente para tomar otro trago.

—Estos reinos son sutiles de cojones. Ya veo lo que intentas hacer, hechicero... Quieres robarme mi pasado para que sea feliz como un tonto. Pretendes hacer que olvide mi juramento.

Kurin frunció el ceño, desconcertado, sacudió la cabeza y se dispuso a contradecir al matador, pero Gotrek se le adelantó.

—No hay consuelo para mí, mago. Ni absolución. No puedo expiar mis pecados a menos que encuentre mi condena. —Según crecía la ira del matador, arrastraba un poco más las palabras que pronunciaba—. Y, de un modo u otro, los dioses me la concederán.

—Gotrek —intervino Trachos—. No tenemos ni idea de por qué quiere enterarse de tus asuntos.

Maleneth se volvió a él con sorpresa. El Stormcast Eternal rara vez abría la boca para hablar, y cuando lo hacía, casi nunca tenía sentido lo que decía.

Gotrek volvió a reír y se inclinó hacia Kurin. Hizo un gesto desdeñoso con la mano hacia Trachos.

—Mi amigo no se entera. Cree que tengo que preocuparme por ti. Si supiera la mitad de las cosas que he matado, sabría que no tengo que

preocuparme de alguien con un cerebro de polvo. —Sacudió la cabeza—. Es decir, que tiene polvo en lugar de cerebro. Maldita sea, por tu culpa me cuesta pensar con claridad. Mantente alejado de mi cabeza. El pasado es un lugar que todavía me gusta visitar. Te agradecería que no lo estropearas.

Kurin asintió educadamente.

—Por supuesto. Espero no haberte ofendido.

Gotrek se quedó mirando fijamente la mesa y negó con la cabeza.

—No te preocupes. De hecho, eres la primera persona a la que oigo decir algo coherente desde que llegué a estos reinos. Los dioses son idiotas. La adoración de los dioses es el pasatiempo de los necios. Tienes razón. —Sacudió torpemente una mano para señalar a Maleneth y a Trachos—. Esos dos se creen que los pondrán al mando de alguna hueste gloriosa y divina si me entregan a sus señores. —Rompió a reír—. Míralos, sueñan con convertirse en escabeles sagrados.

Kurin esbozó media sonrisa.

—Es la maldición del devoto; rezar con alegría a la causa de su dolor.

—Ya lo creo —repuso Gotrek sombríamente mientras chocaba su botella con el vaso del anciano—. Los dioses no sirven para nada —masculló—. Salvo para recibir mi hachazo.

Maleneth negó con la cabeza. No le hacía gracia que el anciano pusiera tanto interés en la cháchara de borracho de Gotrek.

—Trachos tiene razón —dijo—. Deberíamos mantener en privado nuestros asuntos.

—¿Nuestros asuntos? —exclamó Gotrek. Se subió a la mesa y dijo a grito pelado—: ¡Son mis malditos asuntos y los compartiré con quien me dé la gana!

El murmullo de conversaciones en la taberna cesó y todas las miradas se volvieron hacia el enloquecido y corpulento matador que se balanceaba encima de la mesa.

Maleneth se tapó la cara con las manos.

—¡He venido en busca de Nagash! —gritó Gotrek enarbolando el hacha—. ¡Vosotros, cachorros cobardes, podéis huir y esconderos si queréis, pero yo voy a encontrarlo y a hundir esta hoja inútil en su cabeza inútil! —Descargó el hacha y partió la mesa por la mitad. Las bebidas salieron disparadas y el matador cayó despatarrado al suelo.

Eso produjo una explosión de gritos y de imprecaciones. La gente que había en la taberna se puso en pie, agarró las armas y se abalanzó sobre Gotrek, indignada por su acusación de cobardía.

Alrededor del matador se congregó una muchedumbre enfurecida. Gotrek se levantó del suelo y empuñó su hacha.

Maleneth desenfundó los puñales y se colocó a su lado de un salto, todavía maldiciendo entre dientes. Trachos, por su parte, sacó los martillos del cinturón y se puso al otro lado de Gotrek. Formaban un trío inusitadamente impresionante, y los borrachos dudaron.

Los duardin que no habían quitado el ojo de Gotrek desde su llegada corrieron a situarse a su lado, pero Gotrek les lanzó una mirada fulminante.

—¡Ni se os ocurra acercaros a mí, enanos patéticos! —gruñó volviéndose amenazadoramente hacia el que tenía más cerca.

La muchedumbre profirió un grito ahogado, todos se llevaron las manos al cuello y recularon jadeando. Las venas que se veían bajo su piel comenzaron a enredarse y a retorcerse como si fueran serpientes. Algunos hombres cayeron de rodillas, farfullando y sollozando, con serios problemas para respirar; otros enfilaron con paso tambaleante hacia la puerta.

—¡Esperad! —bramó Kurin mientras se sacudía las astillas de la mesa que habían caído sobre su túnica y se levantaba. Cruzó la sala con un brazo extendido y una de sus beatíficas sonrisas en los labios. Las líneas de su mano habían vuelto a elevarse como un tornado en miniatura y giraban velozmente entre sus dedos—. Bajad las armas, amigos. No hay motivo para la discordia. Yo pagaré todos los desperfectos.

Kurin cerró la mano y docenas de pulmones exhalaban un suspiro al poder respirar de nuevo.

Se oyeron más gritos de descontento, pero nadie atacó. Todo el mundo se quedó mirando a Kurin con más recelo incluso que a Gotrek. Mientras la gente regresaba a sus asientos, murmurando y resollando, Maleneth cayó en la cuenta de que Kurin había estado solo en el banco hasta que Gotrek se había sentado a su lado. Nadie se había atrevido a compartir asiento con él.

—Me has robado una pelea, mago. —Gotrek levantó un poco el hacha y lanzó una mirada intimidadora a Kurin—. Y este sitio no ofrece nada más...

—Puedo llevarte hasta Nagash —le interrumpió Kurin, sonriendo. Gotrek se quedó paralizado.

La presencia de Kurin amedrentaba hasta a los guerreros más curtidos que había en la taberna. Mientras el anciano caminaba hacia Gotrek, los demás reculaban hacia los rincones más oscuros del local. Maleneth

había visto esa escena en infinidad de ocasiones. Eran pocos los mortales dispuestos a arriesgarse a provocar la ira de un hechicero.

Kurin señaló con la cabeza en dirección a la calle.

—Podemos hablar en mis aposentos. —Depositó cuidadosamente algunas monedas en la barra de la taberna y enfiló hacia la puerta. Hizo una seña a Gotrek para que lo siguiera.

El matador lo miró un instante con recelo, pero luego se encogió de hombros y salió a la calle tenebrosa. Maleneth y Trachos corrieron para no perderlo.